



MUJERES Y CIUDAD

[IN] JUSTICIAS TERRITORIALES

SEMINARIO TALLER
CÓRDOBA | MAYO DE 2017

PONENCIA DURÁN
[GESTIÓN COTIDIANA DE
LAS CIUDADES]

LA GESTIÓN COTIDIANA DE LAS CIUDADES¹.

MARIA ANGELES DURAN ²
maduranheras@yahoo.es

No nos hemos reunido para repensar el ayer; ni siquiera, si me apuran, para pensar el presente. Lo que nos ha juntado es la necesidad de construir el futuro. Para eso hace falta imaginación, porque no queremos repetir el pasado sino inventar algo mejor de lo que heredamos. El futuro lo construimos con reivindicación, a veces también con llanto, pero sobre todo con esperanza y afecto. Porque, díganme: ¿qué futuro podríamos construir sin otra herramienta que las reclamaciones, el enojo y el recuerdo de las humillaciones o malos tratos que nos dieron?

El futuro no está escrito en ningún sitio, lo hacemos cada día. Lo hacemos las que venis del campo, las que estáis en las cooperativas de las maquilas, las que habéis llegado desde la Tierra de Fuego. Por cierto; ¡qué poder evocativo tienen algunos nombres! Aunque sé que su nombre viene de las hogueras y que sus costas están jalonadas de naufragios y barcos hundidos. ¡Qué hermosa suena la Tierra de Fuego!

Una conferencia como esta, que junta la Academia con los movimientos sociales, es una oportunidad única para respirar energía y salir de esta torre de marfil aislada en que a veces se convierten las cátedras universitarias.

Ayer, cuando el avión llegaba a Córdoba, vi por la ventanilla una imagen hermosa que he tratado de proyectar en la pantalla. Desafortunadamente, las condiciones técnicas no han ayudado y solo puedo transmitirlos con palabras. Tras atravesar una capa de nube apareció allí abajo la Tierra. O mejor dicho, lo que

imaginaba que era la Tierra, una mancha de color pardo, a veces cobrizo. No sabía si era tierra, lodo o roca. Y luego avisté manchas de formas geométricas amarillas, verdes, pardas, marrones. Las líneas geométricas eran linderos, las primeras señales de la apropiación de la tierra. Cada rectángulo contenía una parcela cultivada. De cada arbusto, de cada pequeño árbol, arrancaba una sombra desmesurada, larguísima, que la luz del día le estaba arrancando por primera vez. La ciudad no había llegado todavía, pero sí sus emisarios, los cultivadores de la tierra, los apropiadores y señaladores. En esos minutos del acercamiento me preguntaba cómo habría sido la tierra bajo mis pies (mejor sería decir bajo mis alas) antes de que la cubriera de signos la geometría de los cultivos. ¿Qué hombres y mujeres la poblaban? ¿Quiénes la desbrozaron, la repartieron, la sembraron y plantaron? ¿A quiénes alimentó después de cultivada?

También me pregunté cómo será esta tierra dentro de muchos, muchos años. Cuando ya no quede memoria de vosotras ni de mí, ni de los hijos de nuestros hijos. ¿Cuál será su futuro? Si antes hubo un tiempo en que no la poblaban ni mujeres ni hombres: ¿llegará otro tiempo en que vuelva a estar deshabitada? Y entre lo que ahora vemos y somos y el futuro lejano: ¿qué momentos nos esperan, entre qué caminos tendremos que elegir?

Esos caminos no están hechos, seremos nosotros quienes los hagamos. ¿Cómo construiremos ese futuro, esa sociedad aún no nacida? ¿Qué opciones nos ofrecerá el futuro para ser hombre, para ser mujer?

1. Inicialmente había preparado un texto distinto para esta conferencia, más académico, pero la presencia muy nutrida de mujeres de movimiento vecinales, cooperativas agrarias y otras asociaciones me motivó para cambiarlo. A ellas se lo dedico, con agradecimiento por lo mucho que aprender de su dinamismo y compromiso.

2. Socióloga española especialmente reconocida por ser pionera en la investigación social sobre el trabajo no remunerado, la situación social de las mujeres y su entorno sociolaboral y familiar, la economía de la salud y la desigualdad en el uso del tiempo. Actualmente sigue desarrollando su actividad investigadora en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC- España.

De repente comenzó a verse una mancha más concreta, más blanca, más gris, que era el núcleo de la ciudad de Córdoba. Casitas pequeñas y diseminadas pero cada vez más abundantes y perfiles de torres más altas: los signos la ciudad. Dentro de la ciudad vi manchas verdes: había árboles dentro del denso perímetro de edificios. El aeropuerto fue un trámite rápido, luego me llevaron a un hotel y enseguida salí para recorrer una calle peatonal, buscando un cargador para el portátil que había olvidado. Apenas unas horas sin conexión con internet y ya me urgía como una ausencia. En las ciudades de hoy el tiempo no es solo tiempo de aquí, sino también de allá, los tiempos son simultáneos y superpuestos. Aunque parezca que somos y estamos, ni estamos ni somos del todo en un solo lugar.

Mientras recorría las calles pensaba: “Mañana tengo que hablar de la gestión cotidiana de la ciudad, y hacerlo desde la perspectiva de género o de las mujeres”.

Si yo, si tú, si ustedes, tuviera que gestionar la ciudad: ¿qué es lo primero que me preocuparía? Lo primero sería definir qué es una ciudad y un territorio. Ahora las ciudades están todas conectadas de mil maneras: ¿dónde empieza y dónde acaba la ciudad? Tras definir el territorio, lo siguiente es definir su población. Y como gestora posible –cada cual tenemos la posibilidad de ser gestores–, lo primero que me pregunto es qué población quiero gestionar. ¿Qué es ser cordobés? ¿Qué es pertenecer a una ciudad?

No sé cómo se toman las decisiones en Córdoba, pero lo primero que hoy decide una ciudad es quiénes quiere que formen parte de ella y quiénes no. Las políticas migratorias son uno de los temas que nos preocupan en Europa; a quién queremos hacer parte de nosotros y cómo nos las ingeniamos para que otros no lo sean. A las puertas de las ciudades europeas, igual que a las latinoamericanas, llaman cada día miles de personas. ¿Qué criterio ponemos para decir sí o no, pasas o no pasas? Los barcos nos dejan en el Mediterráneo miles de muertos, cada verano y cada invierno. Miles de muertos porque, por así decirlo, quisieron ser cordobeses. Mi ciudad, como su Córdoba, dice que no los necesita y no los quiere; pero ellos vienen de un sitio donde tampoco quieren o pueden continuar. ¿Qué criterios seguiremos para decir “a ti te acojo con gusto”, “a ti te protejo con los recursos colectivos de la ciudad” ó “a ti no te protejo”? No somos de donde nacemos, sino de donde nos dejan ser.

Yo nací en Madrid y además en la calle Alcalá; no se puede ser más madrileña de lo que soy. He vivido en esta ciudad la mayor parte de mi vida y me ha dado buena acogida, estoy a gusto en ella. Pero me inquieta pensar en los miles, millones de personas que querrían vivir en mi ciudad y no pueden. Tampoco pueden ser europeos, supongo que aquí, en Córdoba, pasa igual. Que no todo el que quiere puede ser cordobés, o argentino. O dejar de serlo. ¿A quién y por qué motivos le dan visado, permiso de residencia, derecho completo a la ciudad? A algunos les cerramos puertas y a otros les invitamos a que vengan y se sientan en casa. No sé si quiero ser madrileña, supongo que sí. ¿Y los que me quieren, que no son madrileños, y no los dejan ser madrileños? ¿Quién es europeo?, ¿el que

quiere o al que le dejan ser europeo?, ¿quién es argentino?, ¿dónde están las fronteras?, ¿a quién le ofrecemos que venga a ser argentino?

En mi país, si alguien compra una vivienda por más de 500 mil euros, le dan inmediatamente un permiso de residencia. Es una buena manera de comprar ser medio español. Y acá, si me compro una buena casa, ¿me dejarán ser cordobesa?, ¿qué significa ser cordobés?, ¿que puedo ir al médico y me atenderá?, ¿que si no tengo casa tendré derecho a pedirla?, ¿qué derechos me otorga la ciudad al reconocerme como uno de los suyos?, ¿me da derecho a la salud?, ¿necesito hacer 50 mil papeles y trámites para que la ciudad me conceda el derecho a la salud, a la educación, a la vivienda, a la Justicia, al nombre, al reconocimiento, a los papeles?

Las ciudades no reciben a las mujeres igual que a los hombres. Hace poco estaba en el País Vasco, en una estación de autobuses, y a mi lado se sentó una chica joven. Por los aspectos deduje que tenía que ser saharauí; nos pusimos a hablar y efectivamente lo era. Me dijo: “He venido a hacer unos papeles, a ver si consigo que me den una ayuda porque tengo un hijo pequeño, no puedo trabajar, mi esposo tampoco tiene empleo y queremos tramitar una ayuda”. ¿Quién tiene derecho a pedir la ayuda? ¿Dónde ponemos los límites entre los que son nuestros y los que no?

Resulta que en la mayor parte del mundo las mujeres no pueden viajar como viajan los hombres. En las pateras –que son los barcos frágiles en los que muere tanta gente en el Mediterráneo– mueren más hombres que mujeres, pero es porque más hombres que mujeres se atreven a escapar del sitio del que se quieren ir. ¿Y por qué no se marchan las mujeres de las villas miseria de donde quieren escapar? Porque no pueden. Si ellas se van, se mueren los niños y los viejos. Están atadas, atornilladas a su villa-miseria, a esa explotación, a ese no derecho, a esa falta de libertad, a ese abuso. No pueden irse porque ellas no son sólo ellas; ellas son mucho más que ellas. Eso, respecto a la salida.

Respecto a la llegada, las mujeres que quieren las ciudades son guapas, jóvenes, sanas productivas y, si fuera posible, con un título universitario en el bolsillo y un empleo garantizado por alguien que previamente se lo ha ofrecido.

Cada mujer se siente responsable de cuatro personas a las que ella mantiene, cuida, alimenta, sostiene. Y en los sitios que reciben cada año un porcentaje de inmigrantes sobre el censo, una cuota, ponen condiciones: “que vengan limpios de cargas”. Las mujeres no vamos limpias de carga; vamos fructíferas de carga. Si fuerais el prefecto de la ciudad y os llegaran mujeres, sabrías que tenéis que multiplicar por dos el presupuesto; porque ellas no te van a pedir para una boca. Te van a pedir para tres bocas. Para ella, para la del bebé actual y el próximo y para la del viejo a quien antes o después le dirá: “Sí, vente conmigo, no te mueras solo allá, en ese sitio en el que ya te has quedado solo y en el que no tienes nadie ni nada”. Una

mujer pide el doble de recursos públicos que un hombre que llega a una ciudad. ¿Es que las mujeres costamos más? ¿O pedimos porque producimos más, sostenemos más, creamos más, generamos más vida, somos en definitiva más ricas y enriquecedoras?

Cuando nos hablan de economía, casi siempre nos cuentan una leyenda, un cuento, una fantasía. Una fantasía que dice que la economía es el mercado, y que lo esencial en la economía es el dinero. El máximo ejemplo capitalista es Singapur; pero incluso allí hay mujeres que están pariendo, hay niños que cuidar, viejos y enfermos. No todo es capital y no todo es mercado. También son parte de la economía los hogares, el Estado y el Voluntariado.

Algunas ciudades como Córdoba, como Buenos Aires, como Río, como Madrid son economías mixtas en las que existe un mercado muy fuerte que se rige por reglas capitalistas. Y para mi vergüenza, ¿al servicio de quién está la mayor parte de la ciencia económica? No de los trabajadores no remunerados, desde luego, ni de los cuidadores de niños, enfermos y viejos. Porque la ciencia no es neutral, es un producto social que se genera en un contexto social, para satisfacer una demanda social. Y esa demanda es de quien puede pagarla: con dinero o con otro tipo de recompensa, que al final del día hay que comer y pagar las facturas. Vivimos en una economía capitalista y la inmensa mayoría de lo que hacemos en las Facultades de Ciencias Económicas es una ciencia para el mercado, para el capital fundamentalmente. ¿Es posible una ciencia económica distinta? ¿Quién la financiará? ¿Quién nos dará las becas? ¿En qué bibliotecas nos estarán esperando? ¿Cómo construiremos una ciencia que sea una ciencia de todos y para todos? ¿Dónde está esa ciencia que no pudimos hacer las mujeres cuando teníamos prohibido acercarnos a las aulas universitarias?

Ya tengo el pelo canoso, pero de joven tuve prohibido matricularme en algunas Facultades o carreras, como judicatura, por ser mujer. La primera mujer que en España se atrevió a entrar a la Facultad de Derecho se llamaba Concepción Arenal, fue en el año 1847 y tuvo que disfrazarse de hombre para entrar. Y yo todavía cada día me tengo que disfrazar de hombre a menudo. Porque cuando hablo el lenguaje de la Academia o escucho el de la Legislatura, ese lenguaje es masculino. ¡Ojo! También, el de los corridos mexicanos, y los tangos argentinos. Nuestro lenguaje está hecho con reglas construidas desde una perspectiva muy masculina. Ahora

mismo agradezco la presencia de los dos o tres amigos que nos están acompañando; pero si fuera correcta gramaticalmente, no podría decirlos queridas amigas porque la sintaxis nos obliga a decir queridos amigos. La presencia de un varón entre nosotras es tan poderosa que cambia el lenguaje y nos obliga a decir queridos. Y casi tengo que pedirles permiso y decir “Amigos, perdónenme, que como es tal la mayoría, voy a decir queridas amigas, aún sabiendo que es incorrecto”.

Cuando me presenté por primera vez a la cátedra universitaria; ¿Saben cuál fue la mayor dificultad que tuve? Yo creía que me movía en el lenguaje como pez en el agua hasta que tuve que utilizar el lenguaje súper culto y súper abstracto de quien pretende convertirse en portavoz de la ciencia. En ese momento encontré que el yo de la ciencia es un yo impersonal pero se conjugaba en masculino. Me tuve que travestir en cierto modo internamente, conceptualmente. Para decir lo que quería decir siendo yo, que no era masculina, tenía que usar un impersonal de la ciencia que sí lo era. Hasta entonces – tenía ya casi 40 años– había dado miles de clases, decenas de conferencias y cientos de charlas; pero fue allá donde me di el golpe, como si me pegara un porrazo contra un vidrio que hasta entonces no había tocado. Y desde entonces me pregunto cómo construir un lenguaje que no me oponga cortapisas.

Imaginen lo que pasó cuando, contagiada de esa nueva consciencia, miré a la Iglesia. De repente me encontré haciendo memoria de cuando tenía tres años, cuando aún casi no sabía hablar, ni sabía contar uno dos, tres, derecha, izquierda. Y recordé cuáles fueron mis primeras oraciones. ¿Dónde aprendieron ustedes dónde están el cielo y la tierra? ¿En la clase de geografía, o cantando el Ave María y el Padre nuestro? Yo no sé si acá son muy de cantos religiosos, pero les puedo decir que cuando era muy chiquitita, antes de que me enseñaran en geografía qué era el norte, el sur, arriba y abajo, todas las noches rezaba “Padre nuestro que estás en los cielos”. Luego aprendí la oración oración: “Bendita eres María por el fruto de tu vientre”. De repente me di cuenta en que estaba pensando “soy bendita si soy María y si mi vientre tiene fruto”. Y si quiero hablar con mi Padre, mi Padre es el que está en el Cielo, porque la que está en la Tierra es mi Madre.

He tenido que rehacer casi todo el pensamiento que aprendí. Supongo que a muchas de vosotras, de vosotros o de ustedes, les ha sucedido igual. Pero es demasiado difícil, demasiado trabajo y riesgo. No

tengo fuerzas para rehacerlo todo sola; para pensarme a mí misma, a la ciudad, a vosotros. Para repensar sola la ciencia, el arte, la filosofía, el lenguaje, la propiedad, la gestión de la ciudad. Hacen falta, no una como yo; hacen falta tantos millones de unas como yo y otros tantos millones de unos como vosotros, dispuestos a construir un nuevo mundo juntos, distinto, en que no nos separe el cielo y la tierra.

Y bien, volviendo a la economía. En el año 1995, en la Conferencia de la Mujer de Beijing, de Naciones Unidas, se consiguió por primera vez que se aprobara lo que se llamó la Plataforma de Acción. La firmaron todos los países. Lo repito por si alguien no se ha enterado: todos los países que asistieron. Ahí se propuso un cambio muy importante en el marco del análisis macroeconómico; porque mientras sigamos manejando las actuales categorías macroeconómicas –también las micro– con las que interpretamos lo que es riqueza, desarrollo o pobreza, las mujeres no tenemos nada que hacer. La mayoría del trabajo de las mujeres, hoy, en el mundo, sigue siendo el trabajo no remunerado. Y los hogares son la mayor empresa del mundo. Tenemos algo así como 7.800 millones de mini empresas que en los libros de economía no existen. Son las empresas que limpian, las que cocinan, las que producen, las que cuidan. Son los hogares.

Si pensamos en una nueva sociedad, hay que pensar en una economía que combine la producción que sale afuera, que se intercambia, y la producción que se queda adentro. Hasta ahora lo que estamos haciendo es invisibilizar la producción que se queda dentro de los hogares. ¿Por qué podemos invisibilizarla? Porque la hacen las mujeres. Más del 80% del tiempo del trabajo no pagado lo hacemos las mujeres. Mi pregunta es si podemos suprimirlo o no. Podemos disminuirlo. De momento, no hemos sido capaces de encontrar una sustitución para la producción de población, del relevo generacional. Lo que hemos logrado es morir más tarde y, por tanto, necesitar nacer menos. Eso sí que lo hemos conseguido. En mi país lo hemos conseguido tanto, tanto, que si no fuera por los que llegan de afuera, ya seríamos un charquito demográfico secándose al sol en verano; porque necesitamos 2,4 hijos por mujer para no desaparecer como población y solo producimos 1,3 hijos.

A lo mejor es que está bien desaparecer como pueblo, es una opción. Otros, como los chinos, en su momento se plantearon poner un límite al crecimiento demográfico; fijense lo que han hecho para tener la población que quieren tener, la que pueden alimentar y educar. Y aun así crecen y crecen. Por cierto, no se fíen siempre de la tecnología. Se inventaron las ecografías para que nos fuera mejor en los embarazos y el resultado es que hay millones de mujeres abortadas cuando llevan tres meses de estancia en el útero. En India pasa igual. La ciencia se alía con el machismo en muchos sitios, pero la muerte selectiva de los fetos femeninos es el ejemplo más dramático.

Que la tecnología avance rápido no me parece mal. Escribí hace algún tiempo un artículo titulado “El año que las mujeres dejaron de ser vivíparas”, puede verse por Internet³. Va a llegar. Ya estamos empezando. Desde hace millones de años los embarazos de las hembras humanas han sido de nueve meses. Ahora están siendo un poco más breves porque en cuanto aparecen síntomas de problema, se saca al niño por cesárea. La tecnología avanzará y llegará un momento en que los fetos de cinco meses sean viables. ¿Querremos potenciar este tipo de tecnologías, o no? ¿Intervendremos en nuestros cuerpos con la misma ilusión y determinación, y a veces desastrosas consecuencias, que estamos interviniendo sobre toda la naturaleza?

La tecnología ha hecho políticos nuestros cuerpos. La tecnología es el resultado de decisiones políticas. O, si quieren, de dinero invertido. En gran parte es el mismo círculo que gira. ¿Querremos ser gestantes en los años venideros? ¿O preferiremos encargarle a las máquinas que perfeccionen el proceso de la gestación? Ya existe la gestación subrogada. Empezaremos por lo más sencillo, que sea otra mujer la que ponga el útero. Técnicamente, casi no tiene ya ningún problema.

Pero Ana Falú me va a hacer señas en cualquier momento para que no derive. Va a decir: ¿qué conexión hay entre la ciudad y el útero subrogado? Yo todavía era joven cuando conocí el primer caso de implantación de embrión. Creo recordar que era el alcalde de Londres quien estaba apadrinando una innovación absoluta, considerada criminal en muchos otros sitios. Se trataba de una mujer que había sufrido cáncer, había sido radiada y no tenía útero ni óvulos. Una hermana le regaló el óvulo, lo fructificaron con el semen de su propio marido, otra hermana le prestó su útero y nació una niña preciosa. Hija de tres madres (la que quería tenerla, la amó y educó; la que le dió el óvulo, y la que le dió el útero; tuvo un solo padre, un padrino (que fue el alcalde, o eso creo recordar) y los artífices tecnológicos (el cirujano y el ginecólogo). ¿Queremos o no esta opción? Sin la conjunción de todos ellos no habría nacido la niña ni la mujer sería su mamá de corazón, aunque no de cuerpo.

Piensen. Porque imaginar el futuro requiere muchísimas cabezas juntas pensando, imaginando, eligiendo, empujando. Si yo fuera el alcalde, no solamente estaría preocupada por los que vienen de afuera o los que van a nacer. Estaría también preocupada por otros, los que se quieren ir y no se les deja irse. Tuve un cáncer hace 21 años, el tumor llevaba seis años allí, inicialmente no lo habían detectado bien y pensé que estaría de metástasis hasta las orejas. Pensé que iba a morir. Tuve suerte, no había metástasis, pero vi morir a muchos de mis compañeros. Escuché muchas conversaciones en las largas horas de la radioterapia y la quimioterapia. En las esperas del hospital oía a los que iban a morir diciendo cómo no querían morir. Y sabía que después les aplicaríamos las medicinas que hubiera disponibles y morirían como no

3. Forma parte del libro “El valor del tiempo”. Publicado en España por Espasa y de inmediata publicación en Argentina por el Senado de la República (2017). Puede accederse libremente a través de Digital CSIC/producción/autores.

querían morir. ¿Han oído hablar de la cyborgización en el momento final de la vida? ¿Saben qué es un cyborg? Un cyborg es una mezcla de robot y ser humano. En este momento, los hospitales bien dotados de salas de vigilancia intensiva alojan un número creciente de pacientes terminales que se convertirán cyborgs antes de alcanzar el descanso final.

A cualquiera de nosotros nos llega el primer aviso con el primer zarpazo de la enfermedad. Probablemente se quedará solo en un susto porque el hospital la parará y nos salvará. Tendremos aún días de felicidad, de confort y de esperanza. Pero después vendrá un segundo zarpazo, a esa edad en que las enfermedades no tienen vuelta atrás. En todo caso, con suerte, van más lentas. Son las enfermedades degenerativas. Ahora ya casi no morimos de enfermedades súbitas; morimos de enfermedades degenerativas y sabemos lo que nos espera con mucha anticipación. Cuando viene el segundo o el tercer zarpazo de la enfermedad, la ciencia nos salva de morir, pero no nos salva de malvivir. Es entonces cuando nos enchufarán al primer aparato, probablemente oxígeno para que nos llegue a los pulmones, unos tubitos en la nariz nada más. Incluso podremos salir a la calle con una pequeña maquina con ruedas. Pero al cabo de algún tiempo no bastará y entonces será una máquina grande. Y al cabo de un tiempo no bastará el tubo grande de la nariz y tendrá que ser un tubo desde la boca hacia los pulmones, con traqueotomía quizá, para evitar infecciones. Y entonces ya no podremos hablar, nos dolerá y nos sedarán y estaremos inconscientes. Pero sedados y con el tubo del oxígeno podemos vivir meses. Y después fallará nuestro riñón y nos pondrán otro tubo y otra máquina que irá filtrando el riñón y echando en una bolsa nuestros desechos. Luego fallará nuestro corazón, y nos pondrán parches sobre el pecho para las descargas de nitroglicerina; esos choques estimularán momentáneamente nuestro corazón, le darán las pulsaciones imprescindibles. Y así seguirá. La progresión de las máquinas, los controles, las pantallas, mientras en el mejor de los casos, desde nuestra inconsciencia, ni vemos ni oímos ni sentimos. Pero si no fuera el mejor de

los casos, y en esas condiciones sintiéramos, sufriéramos, recordásemos, fuésemos capaces de pensar o desear: ¿qué pensaríamos, que recordariamos? ¿Querriamos permanecer o decir adiós sin demora? ¿Hay alguien con más derecho a imponer su decisión que el propio enfermo?

Las máquinas salvan vidas y mejoran -en general- la calidad de vida de los enfermos. Pero tienen un lado peligroso del que los gestores y responsables de la sanidad han de ser conscientes y estar alerta. Las máquinas de costes millonarios son un mercado inmenso que mueve mucho dinero, muchas comisiones, mucho prestigio y poder.

Habrà alguien que tendrá mucho interés en vender la máquina, porque costará mucho dinero, y dará mucho dinero a quien consiga vender máquinas para todos los hospitales. Y entre todos pagaremos las máquinas. Y ya no respetaremos el derecho a decir adiós, de quienes piensan “ya viví suficiente, ya me quiero ir”. A veces gana la batalla el negocio de las máquinas, y no el enfermo ni el ciudadano que costea su compra y mantenimiento.

Si yo tuviera que administrar la vida cotidiana de la ciudad, no solo pensaría en carreteras y alumbrado y drenajes, o en licencias para construir edificios. Eso también, claro. Pero me ocuparía como objetivo prioritario de la salud, del empleo, de las pensiones, de la seguridad, de la igualdad. Tendría que pensar en qué clase de ciudad quiero vivir, con qué gente y para qué gente.

Y discúlpenme si traigo acá el recuerdo de un viejito que he visto estos días varias veces enfrente del Palacio de la Legislatura pidiendo limosna para comer. El también forma parte de la ciudad, y como él son muchos los que necesitan ayuda.

Cuánta fuerza me da estar aquí, que seamos tantos y tantas. Y saber que el futuro no está escrito. Quiero llegar a un futuro mejor del que tuve ayer e incluso mejor de lo que soy hoy. Pero no lo conseguiré yo, serán ustedes, seremos todos quienes podremos, juntos, hacer el futuro.

CONTACTO | MUJERESYCIUDAD@GMAIL.COM



CENTRO DE INTERCAMBIO Y SERVICIOS
PARA EL CONO SUR ARGENTINA



Red Mujer y Hábitat
América Latina



ARTICULACION
FEMINISTA MARCOSUR



ÁREA FEMINISMOS
GÉNERO Y SEXUALIDADES
FemGes

Ciffyh

Centro de Investigaciones
María Saleme de Burnichon
Facultad de Filosofía y Humanidades UNC



NACIONES UNIDAS

CEPAL

APOYAN
ADHIEREN



UNION EUROPEA



HIC - AL



HABITAR
ARGENTINA



INVIHAB



UNC



PROGRAMA
GENERO